

La caja de archivo muerto. Poemas

Lic. Félix Fernando Baños López

Presentación

Aún no siendo un acontecimiento interesante para los promotores turísticos, ha sucedido que aparezcan en Puerto Vallarta textos como el presente, lo cual confirma que en todos lados sopla el aire. Quizá el problema es que aquí sopla demasiado, es decir, que la belleza esplende en él tanto y de maneras tan diversas que el tiempo se acaba en sólo disfrutarla, sin que quede mucho espacio para intentar su expresión escrita.

Esta obra no pasa de eso, de ser un intento. El título que se le puso y los nombres de los capítulos pretendieron crear un marco de unidad para el material disímbolo que se ofrece al lector, como si estuviera contenido en diversas carpetas, y todas ellas, a su vez, dentro de una caja de archivo muerto, sitio en que no suelen ser frecuentes el orden ni la congruencia.

Quisiera también explicar el por qué de las referencias a Lituania, que siguen en número a las de Puerto Vallarta y su región. En uno de los viajes que hice siendo estudiante, encontré en Chicago un espléndido grupo de jóvenes exiliados, miembros de la organización universitaria *Ateítis*. En aquellos días, Lituania no existía como nación independiente, ni era imaginable que volviera a serlo en este siglo. Sin embargo, en aquellos muchachos y chicas ardía un impresionante amor a la patria lejana, cuyo suelo les era imposible pisar. En homenaje a ellos y –por medio de su recuerdo- en homenaje a tantos otros jóvenes que me ha tocado conocer padeciendo el mismo sufrimiento, quedaron esas páginas.

Fueron asimismo jóvenes quienes, al darme sus puntos de vista sobre el manuscrito, sugirieron un capítulo de notas, a fin de transportar a una dimensión más universal ciertos nombres y alusiones. Espero que lo que se puso tenga la utilidad que requerían.

Deseo agradecer a Ileri Topete y a Ada Colorina los dibujos con que enriquecieron esta edición, y que –entre nos- es lo único valioso que contiene. Las dos nacieron en Puerto Vallarta, ambas son pintoras talentosas y para cada una de ellas se abre radioso el futuro, gracias a su juventud, a su amor al trabajo y a su autenticidad. Las ilustraciones de Mathis Lídice completa el aspecto gráfico de la obra.

Finalmente, quiero reconocer también el aprecio del profesor Carlos Munguía, cronista de Puerto Vallarta y jefa del Departamento Municipal de Cultura, Recreación y Festividades Cívicas. Sin su aliento, *La caja de archivo muerto* quizá seguiría embodegada.

Ángeles

Los ángeles vinieron otra vez desde el mar, encaramados en la brisa. Los vi igualitos a como los pintaba Manuel Lepe, quien no perdió detalle al retratarlos: ni los huaraches, ni los moños, y menos los matices de las alas. ¡Qué ángeles estos, de cachetes color de cántaro y ojos como del agua en temblorina que se ve al fondo de los pozos. ¡Miren aquél que coge por su base esa nube imponente, grande como torre de castillo y ¡zas! La desmorona sobre el horizonte. Otros recogen luego los fragmentos y los pasean por el aire de la bahía, ya convertidos en rebaño. ¿Y éste de aquí, que se acerca a las ventanillas del avión y saluda con ambos brazos a los pasajeros? Y el de más allá, que deshoja luces multicolores sobre Las Peñas, riéndose por la broma de haberle jalado los cuernos al diablo que tiene pintado una de ellas? Luego, por en medio del espacio, camino de la parroquia, avanza una rauda procesión: todos con vestidos floreados, todos con rosas y lumbres que les germinan en las yemas de los dedos, y todos moviendo rítmicamente las alas para enseñar a los pelícanos cómo se asciende, cómo se planea y en qué forma se dirige el vuelo a la torre de la parroquia. Pero otros ya llegaron: emboscados entre las palomas gritan de alborozo, se avientan a las campanas y las vacían de sus tañidos, que llueven lentamente sobre casas, empedrados, montes y mar, turistas y vallartenses.

El mar

Convertido en buhonero, el mar extendía chalinas azules y pañoletas nacaradas. Las prendía de las piedras, de la sombra de las palmeras, de las cinturas de las bañistas.

Luego se iba a otra parte con su carga de pescados, perseguido por las gaviotas y los pelícanos. Y cuando regresaba, venía echando espuma a las quillas de las pangas. No quedaba en paz hasta que regaba todas las playas con conchitas.

En el mar se entrecruzan las briznas del tiempo, subiendo y bajando sin cesar. A veces, el paso del avión va rayendo su sustancia hasta que, de golpe, la suelta, y vuelve entonces la temblorina a las aguas verdosas, pespunteadas de delfines.

En el mar, por el rumbo de Los Arcos, todo un pedregal de cangrejos se cimbra al golpe de las olas. Vuelto polvo, el sol cae como menuda llovizna. Perlas que duran instantes ascienden desde el fondo en largos collares, mecidos por las corrientes. Y por entre la maleza de anémonas se van volviendo sólidos los trozos de agua que embotellan a las rocas.

Con potente esfuerzo, el atlético mar separa las puntas de la bahía para que entren por alla navegando Las Marietas. Luego, exhausto, se prende ansioso de El Morro y de El Morrito, para evitar que los arrastre la resaca de

la noche. Pero ya es tarde. Y desaparece del horizonte, tironeado por las tinieblas.

Las dos lunas

Volaban en mancuerna las dos lunas, al socaire de la serranía. Una, presumida, asomaba su rostro sobre el alféizar de nieves. La otra, en tres cuartos de perfil, como si fuera una moneda luminosa a punto de rodar desde los altos ladrillos de la torre, dudaba en sonar las campanadas de la hora.

Perseguida por las travesuras de los ángeles, la luna más alta hacía piruetas en el firmamento, asiéndose de los cirrus. Pero tropezó en un cerro y cayó al mar plateado. Los ángeles, de burla, prendieron velitas sobre los montes, mientras nadaba de regreso hacia la playa. De repente, sin embargo, empezó a ascender de nuevo, sacudiéndose coqueta y empapando el cielo con estrellas.

La otra luna festejó el lance con doce campanadas...

Las olas

Como zarcillos de una gigantesca vid, las olas se anastomosan y retuercen, ansiando alcanzar la playa. Pero apenas llegan, se embeben en sí mismas a tal punto, que no queda nada de su existencia. Perdón: casi nada. Una sombra de humedad y un rimero de arenita. Y eso es todo.

¡Oh no, se trataba de una finta! En efecto, regresan nerviosas, en estampida, devorando el tiempo con un rugido hueco, y se arrojan a manotazos sobre los pedruscos de la playa, hasta que los arrastran a la profundidad, restregándolos contra el suelo y haciéndolos que se golpeen continuamente como si fueran canicas que resbalan a torrentes de su bolsa. Para mayor cinismo, todavía chapotean, se agitan y resacan con aire socarrón y displicente.

Pero vuelven de nuevo. Aún más rápidas, en mayor tropel, encaramando tan arriba como pueden las piedras que hace un instante socavaron de su sitio. Antes de retraerse, las arrojan a los pies de los niños que juegan sobre la arena. Así de impertinentes son estas olas.

Bueno, han de querer llamar la atención. Hace años corrían libremente por donde ahora quedan el Palacio Municipal y la plaza, y llegaban al umbral de la parroquia. Ahora ya no pueden hacerlo. Por eso se contentan, en desquite y cuando más, con arrojar agua y piedras por encima del malecón... Claro, cuando nadie las ve...

Los burros

Con una oreja gacha y la otra espantándose moscas sanguinarias, va por la calle meneando la cola con ritmo de rumbero. En los ojos, como de vidrio, se refleja el anchuroso vaivén del mar.

Chiscean las patas del burro bajo la carga, chiscean las nubes preñaditas que se han vuelto de estopa en sus flancos e ijares, y algo me chiscea dentro del recuerdo, como si sus sombras se hubieran vuelto líquidas y se agitaran al compás de los cascotes que rozan el empedrado. Y tras la breve exhalación de este burro, pasa el otro y el que sigue, y el de más allá, imágenes decuplicadas de parecidos belfos, de iguales resoplidos, de las mismas patas.

Ya no se les ve como antes. Cuando recogían material en la playa, eran aviso de nuevas construcciones. Grandes y pequeñas casas se fabricaron enteramente a lomo de burro, porque allí viajaban vigas, tabiques, arena de mar y de río. Ahora todavía se encaraman a los sitios que son inaccesibles para los volteos. Convertidos en aristócratas, ya casi no salen de andar construyendo palacetes que se aferran a las aristas de los cerros en búsqueda del sol, de la vista del mar y del horizonte pespuntando de arboles.

Pero también acompañan a las piñatas en la lista de los artículos de fiesta. Entonces andan de veras catrines, con enormes flores de papel crepé bailoteándoles en las grupas. Algunos hasta traen la crin trenzada y en vez de oler a asno huelen a aguaflorida y a limonero. Se ven tan chistosos con sus coronas multicolores y con el batintín de cintas que agitan sosegadamente, convencidos de que son protagonistas de una regia ceremonia. ¡Pobrecillos! Si supieran que todo mundo se ríe a hurtadillas de su pompa ridícula y de su andar de matalotes...

¡Qué bueno que los burros son así! Su presencia ingenua agrega un toque de candor a los empedrados de Vallarta...

Los Reyes Magos

Terciopelo
con armiño
Gaspar viste
frente al Niño.
Es de oro
la sonaja
que le lleva
en una caja.
Son de oro
los chapines,
que decoran

querubines.
Y es dorada
la bañera
que le trajo
de Antequera.

Anda Melchor sofocado
con las nubes de copal
surgidas del sahumerio
que puso junto al portal.

El carbón se le hizo cisco,
no aventaba el soplador
de lo nervioso que estaba
por saludar al Señor.

Baltazar
adivina
por estrella
diamantina
que el Gran Rey
ha nacido,
como estaba
prometido.

Le da mirra
de Dikhil
en un cofre
de marfil;
un camello
de madera
que le sirva
de andadera;
y chambritas
acolchadas
para frías
madrugadas.

Pues, tras rendir homenaje
demostrando su cariño
los Tres Magos al Dios Niño,
comienzan el tornaviaje.

Baltazar, caballería
fatiga de chocolate;
Gaspar, un camello de ate;
Melchor; corcel de sandía.

A Morelia

Porque es Morelia un retablo
con arcángeles de seda.

Estrellas del monte cuelgan
de tricornios de cantera,
piñatas de pluma y oro
que en las torres se revientan.

Porque es Morelia un piropo
en los labios de laca negra.

En los faroles reviven
beldades de noches viejas
entre revuelto de estoques,
guitarras y voces quedas.

Porque es Morelia un idilio
Festonado de poinsetias.

En la fuente se desviste
callada la luna llena,
y las gárgolas son monjas
trocadas en azucenas.

Porque es Morelia un tabor
con soles de yerbabuena.

Por el viento, los laureles
Labran otoños de hogueras,
y hay en la acequia un murmullo
como de grillos en pena

Porque es Morelia un retablo
con arcángeles de seda.

Coatlicue

Soneto

¡Oh, tremenda deidad, de cuyo cuello
penden manos cortadas de valientes
y humeantes corazones! Dos serpientes
reptantes son tu rostro, tu cabello!

En tu grandeza cósmica, lo bello
resulta de fundir terribles entes
en un solo concepto, y trascendentes
intuiciones en único destello.

Garras, plumas y crótalos declaran
colosal majestad, torva presencia,
dualidades que ocultan y que aclaran.

El juzgar lo agradable deficiencia,
hizo a tus escultores que tallaran
no lo superficial, sino la esencia.

Himno a Puerto Vallarta

Coro:

Es Vallarta una flor de celaje,
tibio engarce de palmas y luna,
amplia casa, fraterno lenguaje,
cordillera que mares acuna.

Estrofas:

I

Vino a dar a la selva una rosa
que llevaba Juan Diego en su ayate:
era el Puerto Las Peñas, que late
con creciente vigor en la historia.

Lleva el alma de México impresa
en la tez de la Virgen mestiza;
tiene esencia de soles y brisa,
Guadalupe por nombre de gloria.

II

De Jalisco proviene el tesón
con que Ignacio Vallarta ilustrara
nuestra Patria, con vida preclara
valor, ciencia y grandeza civil.

Noble cepa, preclaro futuro
rubricaron a Puerto Vallarta
la amistad que los odios aparta,
la alegría y el trato gentil.

III

Compatriotas: Con gusto cuidemos
el poblado, los montes y el mar;
orgullosos sepamos honrar
nuestras leyes, cultura y pasado.

Del turista seamos amigos;
los valores de México estime
cuando vea que no nos exime
de ser dignos el trance apurado.

IV

No esperemos tragedias ni luchas
para dar lo mejor de nosotros:
El servicio eficaz a los otros
es amor a la Patria, del bueno.

Que el esfuerzo común, a los hijos
dé mejores opciones de vida;
no haya vicio ni crimen que impida
que disfruten de un mundo sereno.

Noche

Niños, abran ya los ojos.

Sobre araucarias de loza,
que huelen a verdes nubes,
titilan siete campanas
con alitas de querubes.

Niños, tápanse los ojos.

El rebozo de la luna
trozan doquier las esquinas;
y en los postes, los alambres
enamoran golondrinas.

Niños, abran ya los ojos.

¡Ay qué incensarios tan rubios
cuelgan de la madrugada;
cuánto confeti de trinos
se ha prendido en la enramada!

Niños, tápanse los ojos.

Los olmos y los sauces
visten torrentes de grillos,
que arrastran peñas de ocote
con machetes amarillos.

Niños, abran ya los ojos.

Sueñan los labios de sombra
con galanes tornasoles,
alma de seda labrada,
mejilla de girasoles.

Niños, tápanse los ojos:
Plata desnuda en la calles.
Niños, abran ya los ojos:
Gatos de angora los valles.